Comentarios de la Lección

III Trimestre de 2010
La redención en Romanos

Lección 2
10 de Julio de 2010

Judíos y gentiles

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo"* (Juan 1:17)

Introducción

La iglesia, luego de que Jesús retornara al cielo, se vio involucrada en una compleja polémica: Las leyes ceremoniales del santuario, ¿debían ser observadas por los conversos gentiles? Y esto hizo surgir otra cuestión: ¿Continuaban valiendo, aún para los judíos?

Los judíos seguían estas leyes con tal firmeza que crearon otros preceptos para afianzarlas. Inclusive llegaron a crear leyes acerca de cómo guardar los Diez Mandamientos, en especial la observancia del sábado. Esto había llegado a ser uno de los grandes debates entre los judíos y Jesús, no sobre si este mandamiento en particular, o el Decálogo en general, fueron abolidos, sino cómo guardar los mandamientos, en especial el del sábado. En el Antiguo Testamento queda bien en claro que las leyes ceremoniales conducían a Cristo, y hasta allí habría cumplido con su rol. Luego de Cristo esas leyes ya no tendrían más validez, y esto quedó muy bien demostrado con la rotura del velo de lugar Santísimo del Templo. Desde ese momento en adelante, el Lugar Santísimo tendría otro Sumo Sacerdote, aquél que había muerto como el Cordero de Dios. Pero muchos continuaron insistiendo en coser nuevamente el velo, manteniendo las leyes ceremoniales. En nuestros días, hay quienes generan una confusión entre las leyes ceremoniales y la ley moral (los Diez Mandamientos), los cuales ya existían antes de los judíos, y cuyo principal mandamiento, el que nos hace recordar al Creador, sobre el día de reposo sábado, ya había sido instituido en el Jardín del Edén, antes de Moisés, y antes de que los judíos existieran. Estas cuestiones son fáciles de entender, pero para quien quiere enredar las cosas y generar discusiones, sirve.

En Jerusalén entonces se convocó un Concilio. Había una cuestión a debatir: "Entonces vinieron de Judea algunos que enseñaban a los hermanos: 'Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos'" (Hechos 15:1). Algunos estaban predicando eso, y hubo necesidad de una postura oficial por parte de la iglesia al respecto. De allí la necesidad de la convocatoria de aquél Concilio, el primero. ¿Y qué ocurrió? "Entonces se reunieron los apóstoles y los ancianos para tratar este asunto" (versículo 6). El tema derivó en una fuerte polémica, donde hubo dos posturas: unos a favor, y otros en contra de la circuncisión de los gentiles. En cierto momento del debate, Pedro

se pronunció de la siguiente manera: "Hermanos, vosotros sabéis que hace algún tiempo Dios me eligió para que los gentiles oyesen de mi boca la palabra del evangelio, y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, los reconoció dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros. Ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, pues por la fe purificó sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres, ni nosotros, hemos podido llevar? Ahora creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, igual que ellos" (versículos 7 al 12).

Pablo y Bernabé a continuación relataron las maravillas y prodigios que Dios había concretado entre los gentiles a través de ellos. Finalmente, Santiago acordó con Pedro y dijo: "Por eso juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que les escribamos que se abstengan de las cosas contaminadas por ídolos, de fornicación, de animales estrangulados y de sangre. Porque desde los tiempos antiguos, Moisés tiene en cada ciudad quienes lo predican en las sinagogas, donde es leído cada sábado" (versículos 19 al 21).

Posteriormente, enviaron cartas a las iglesias ya establecidas, con orientaciones respecto de la cuestión que había motivado la polémica. "Los apóstoles, los ancianos y los hermanos, a los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, Siria y Cilicia, salud. Hemos sabido que sin nuestra autorización, algunos han salido de nosotros, y os han inquietado y han turbado vuestro ánimo con palabras mandando que os circuncidéis y guardéis la Ley. Así, de común acuerdo, nos ha parecido bien enviaros algunos hombres, con nuestros amados hermanos Bernabé y Pablo, que han expuesto su vida por el Nombre de nuestro Señor Jesucristo. Así, enviamos a Judas y a Silas, que también de palabra os harán saber lo mismo. Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: Que os abstengáis de alimentos sacrificados a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de fornicación. Haríais bien en guardaros de estas cosas. Pasadla bien" (versículos 23 al 29).

Con esto la cuestión debió haber quedado resuelta, pero no fue así del todo. Los judaizantes continuaron imponiéndoles a los gentiles las antiguas obligaciones mosaicas. Los predicadores que enseñaban según la decisión del Concilio, fueron perseguidos. Pablo fue uno de ellos, y quisieron matarlo. En nuestros días, la iglesia romana ha restablecido el ceremonialismo, y lo mantiene de una manera diferente, a través del sacrificio de la Eucaristía. E incluso en nuestra iglesia hay personas que entienden que tales leyes deben ser seguidas, aunque son pocos. En la confusión que toda polémica suscita, otros encontraron terreno fértil para anular la necesidad de la observancia del sábado.

Mejores promesas

Adán y Eva fueron felices en el Edén. Habían sido creador para vida eterna, sin que mediara preocupación alguna, estrés o sufrimiento y –obviamente– sin la muerte. Pero cayeron en pecado y se volvieron seres mortales. Cayeron en pecado por su desobediencia. ¿Desobediencia a qué, si los Diez Mandamientos todavía no existían, hasta que fueron dados en el Sinaí por Moisés?

¡Alto ahí! No es tan así. Si ellos cayeron en pecado debido a su desobediencia, es porque ya existía una Ley. ¿Y cuál era esa Ley? ¿Acaso era no comer del fruto del árbol que Dios había prohibido? No seamos tan simplistas, era más que eso. En ningún lugar

de los Diez Mandamientos consta que no debemos fumar, beber alcohol, y cosas afines. Entonces, porque no esté explicitado en los Diez Mandamientos ¿no es pecado?

Notemos bien lo siguiente. Los Diez Mandamientos no nos informan al detalle sobre todo lo que es bueno y lo que es malo. Pero en ellos hay, en relación a la vida, un mandamiento que simplemente dice así: “No matarás”. Ese mandamiento es un principio de vida, que incluye evitar todo lo que perjudique la vida saludable.

En los tiempos edénicos, Adán y Eva no tenían las tablas de los Diez Mandamientos. Eso no significa que ellos podían matar, robar, adulterar, dar falso testimonio, codiciar, tener otros dioses, tomar el nombre de Dios en vano, idolatrar o profanar el sábado. Ellos recibieron la esencia de la Ley, la santificación del sábado y esa esencia involucra o significa amar a Dios, el Creador. Y quien ama a Dios evidentemente ama al prójimo, no hay necesidad de explicitarlo en todos los mandamientos, pues es capaz de seguir la senda de los principios de todos los mandamientos.

Analicemos esto desde otro punto de vista. Por el Espíritu de Profecía sabemos que los antediluvianos eran veinte veces más poderosos intelectualmente que los mejores científicos de nuestros días. El Coeficiente Intelectual (CI) normal hoy varía entre 100 hasta cerca de 250. Cuando mucho, la última cifra expresa una inteligencia excepcional. Por lo tanto, el CI de Adán y Eva debió ser alrededor de 5.000. Ahora, yo me pregunto, ¿había necesidad de expresar por escrito, en detalle, lo que se puede o no se puede hacer, si ellos recibieron el sábado en el que se celebraba el amor entre Dios y ellos? Obviamente no. Los Diez Mandamientos fueron escritos en tablas de piedra para personas de baja capacidad intelectual, un poco superior a la de los chimpancés, que tienen un CI alrededor de 50/60. Adán y Eva, por el contrario, fueron hechos un poco menores que los ángeles, que poseen una inteligencia aterradoramente más elevada, siendo capaces de entender detalles sin que medie explicación alguna. Deducen, y logran entender muchas cosas sólo a partir de una explicación básica. Entienden las cosas partiendo de un único principio, el del amor, y de una sola práctica, la santificación del reposo del séptimo día. A través de estos dos únicos elementos fundamentales –por ejemplo– sabían que no debían romper el matrimonio, o que el cuerpo merece el máximo respeto. Para quien es muy inteligente, uno o dos principios alcanzan para orientar todo en la vida. Pero para las personas para las cuales la sabiduría le es extraña, ni siquiera un conjunto de reglas minuciosas son suficientes para orientar su vida.

Cuando Adán y Eva pecaron, teniendo en cuenta los actuales Diez Mandamientos, ¿en cuál tropezaron? En el primer mandamiento, porque cambiaron a Dios por Lucifer; el segundo, porque idolatraron; el quinto, porque Dios era el Padre de ellos; el sexto porque atentaron contra su propia vida; el octavo porque creyeron en una mentira y luego ellos mismos se acusaron mutuamente mintiéndose; el décimo, porque codiciaron el poder de Dios de conocer el mal. Ellos eran muy inteligentes, y como mínimo, sabían que era lo bueno para ellos y que no lo era.

Pero ellos no profanaron el sábado, ¿no es así? Error. Desobedeciendo un solo mandamiento, se hicieron culpables de todos, porque el conjunto de los Diez Mandamientos es el Amor.

Así funciona, quien desobedece uno desobedece todos. ¿Quiere un ejemplo más que convincente? Supongamos que hay un adventista extremadamente celoso en cuanto a la observancia del sábado. Pero, de vez en cuando, tiene la costumbre de decir una

mentira, engañando a las personas. ¿Y qué dicen las personas de él? “Mira a este sabatista…” He visto casos así. O eres fiel a todos los mandamientos, o eres culpable de quebrantarlos a todos, pues la esencia de la ley es el amor, y no hay manera de amar si somos desobedientes sólo en un punto.

Quebrantado el pacto eterno, el del amor, y cuyo fundamento es el día de la comunión más intensa con Dios, surge el pacto de la salvación. Ahora es necesaria una ley, la cual nunca antes había existido. Esa ley fue la de los sacrificios, también llamada ley ceremonial. A través de ella el mundo se enteraba de que el pecado tenía solución. Y esa solución estaba en la justicia de Cristo. El debía venir al mundo con la pureza de Adán y Eva antes del pecado, vivir como un ser humano sujeto al pecado como Adán y Eva después del pecado, pero jamás pecar. Ese fue el desafío. Si lo lograba, venir al mundo como justo, permaneciendo en él en las mismas condiciones de justicia, podría atribuir esa justicia a los pecadores, y así salvarlos. Ese era uno de los puntos que Pablo necesitaba explicar, es decir, cómo ser salvo.

El pacto hecho con Adán y Eva luego de que pecaron; el que fue rehecho con Abrahán al ordenársele que saliera de en medio de su parentela, fue detallado a Moisés en el Sinaí a través del ritual del Tabernáculo. En ese pacto todo giraba en torno al sacrificio para la obtención del perdón. Este no podría ser un pacto eterno, pues requería la muerte, y Dios es Dios de vida, no de muerte. Si Él recurría a la muerte, era para favorecer la vida. Este es un pacto inferior, temporario, para librar a las criaturas del poder de la muerte, porque habían desobedecido el pacto eterno en el Edén y –desde entonces– habían venido desobedeciendo ese pacto eterno, el del sábado, la alianza de amor entre el Creador y la criatura. Y es exactamente en el contexto de ese pacto que se nos pide: “Acuérdate del sábado para santificarlo; porque en seis días hizo Dios…” Esa es la institución que nos une, nos relaciona, a Dios. El pacto eterno necesita ser restaurado. Pero esa institución, junto con toda la Ley del amor, estaba siendo abandonada por las personas de naturaleza pecadora. Entonces Dios proveyó un puente de unión entre la perfecta obediencia a la Ley antes del pecado de Adán y Eva, y la perfecta obediencia a la Ley después de la redención, lo que va a ocurrir en ocasión de la Segunda Venida de Cristo. Este puente de unión es la ley ceremonial. Ella se inició en el Edén, cuando se concretó la primera muerte del cordero para hacerles ropas a la pareja, y cubrir con ella la vergüenza resultante del pecado. Fue explicitada aún más en el Sinaí, para organizar todo el ritual de sacrificio de Jesús, representado por los corderos que eran muertos. Allí la Ley del Amor fue explicitada en forma de Diez Mandamientos, y esa es la ley moral.

La ley ceremonial estuvo vigente hasta la cruz de Cristo, cuando Él expiró se rasgó el velo del santuario, revelando lo que estaba oculto. El Salvador hizo lo que debía hacer. Luego de la muerte de Jesús, todo el ceremonial no tuvo sentido más en la tierra, pero sí en el cielo, ocupándose de él el propio Salvador, ya no muerte, sino resucitado. Todo el ceremonial aquí en la tierra ya no era necesario, pues ahora es realizado en el Tabernáculo celestial. Y esa intercesión durará hasta que Jesús diga: “Consumado es”.

¿Para qué era todo ese ceremonial? Para reactivar el pacto eterno, el pacto superior, el pacto del amor, que posee promesas superiores, de vida y felicidad eternas, tal como les fueron otorgados a Adán y Eva. Es el pacto entre el Creador y la criatura, de amor entre todos los seres inteligentes. Por eso los Diez Mandamientos permanecerán mientras exista creación y criatura. El sábado es eterno, pues es el sello de Dios, el tiempo separado para una relación de intimidad entre el Creador y la criatura.

Leyes y reglamentos judíos

Antes del Sinaí ya existía la Ley moral, aunque no configurada en forma de Diez Mandamientos. Era transmitida por tradición, de padre a hijo, pero no ordenadamente como la podemos encontrar en Éxodo 20. El sábado se guardaba desde Adán y Eva.

Otra ley que ya existía desde antes, pero no desde la creación, sino desde el día en que apareció el pecado, es la ley ceremonial. Fue establecida en el mismo día en que apareció el pecado, cuando el propio Dios sacrificó un cordero, que lo simbolizaba a Él, que vendría en el futuro a morir por aquellos dos y por sus hijos. Pero lo que Dios estableció allí no estuvo tan pormenorizado como lo fue más adelante en el Sinaí. Abrahán, mucho antes del Sinaí, y otros más, construyeron altares y realizaron en ellos sacrificios, pero todo eso fue ordenado cuando Dios determinó el ritual del santuario, que no existía antes del Sinaí, y que perdió su valor luego de muerte de Cristo.

Pero había al menos otra ley que existía antes del Sinaí: la de la salud. Ellos sabían lo que podían comer o no. En el Edén podían comer frutas, semillas y plantas; luego se les permitió comer carne limpias, que eran menos perjudiciales, pues toda carne genera algún problema (por eso no la debieron comer antes del diluvio). Es un hecho de que la edad de las personas descendió desde 900 años a un máximo de 120, lo que es hoy un punto máximo rara vez alcanzado. Pero también las leyes de la salud previas al Sinaí no eran tan detalladas, así como no eran tan frecuentes las enfermedades antes del diluvio, si es que ellas existían. Otra cosa, la energía vital de las personas, antes del diluvio, era unas 20 veces superior a la de las personas que vinieron después de ellos.

Los judíos recibieron otras leyes en el Sinaí. Eran las leyes civiles, que tenían que ver con su nación, y evidentemente, no tenían nada que ver con las naciones actuales, si bien puede servir de inspiración para la preparación de las leyes modernas.

Dentro de todas las leyes que poseían los judíos, la más importante era la Ley moral, o sea, los Diez Mandamientos. Ellos lo habían poseído, de manera no estructurada, desde el Edén, y en el Sinaí fueron escritas por el propio dedo de Dios, y eso aconteció en dos oportunidades. Aún rotas por Moisés, debido al pecado del pueblo, Dios los reescribió nuevamente. Era una Ley importante. Fue la única en ser colocada dentro del arca del pacto, así como existe otra igual en el Santuario Celestial (Apocalipsis 11:19). Era la ley básica, la que definía la relación del hombre con el Creador y la relación entre los seres humanos, así como con toda la naturaleza. Esa ley está basada en el principio del amor, y ese es el principio por el cual Dios crea y sustenta todas las cosas. Fue también por ese principio que Jesucristo vino al mundo para morir por nosotros.

De todas las leyes que fueron dadas en el Sinaí, la que sobrevivió intacta hasta hoy es la ley moral, los Diez Mandamientos, cuyo centro es el sábado, el día de la comunión íntima con Dios para amarlo, y así amar al prójimo, pues fue dad en el Edén. Esa ley es la que permanecerá para siempre, o al menos mientras existan el Cielo y la tierra, mientras exista la creación (Mateo 5:18). Los principio de salud también permanecieron, pero adaptados a nuestro tiempo. Por ejemplo, por medio del Espíritu de Profecía, sabemos que necesitamos hoy concretar la reforma de la salud, para poder ser más capaces de mantener una relación intelectual intensa con el Espíritu Santo, durante el tiempo del Fuerte Pregón.

En síntesis, sin ley no existe el pecado, y tampoco existe el orden. No podemos siquiera imaginar cualquier sociedad sin reglas. Y en el Reino de Dios, la regla fundamental es que todos se amen a partir del amor entre el creador y la criatura. De ello depende toda la sociedad humana, por eso es que esa relación necesita ser conforme a lo que Dios estableció, y no conforme a lo que los seres humanos imaginen.

"¿Qué debo hacer para ser salvo?"

Los discípulos, luego de la muerte de Esteban, se convirtieron en misioneros, y fueron a enseñar y convertir a los gentiles (los no judíos). En muchos lugares algunos de ellos se convirtieron, y se hicieron seguidores de Cristo. Sin embargo, atrás de los misioneros fueron judíos para predicarles también a esos conversos. Los gentiles todavía no estaban firmes en el conocimiento de la verdad. Ellos recién se estaban iniciando en ese camino, aún cuando estudiaban entre ellos, carecían del apoyo de algunos que fueran más experimentados que ellos. Cuando llegaron personas de Judea, se alegraron mucho. Pero aparecieron algunos judíos, de la secta de los fariseos, que insistían en la necesidad de que ellos siguieran los preceptos de Moisés, especialmente el relacionado con la circuncisión. Dijeron que los incircuncisos no podrían ser salvos (Hechos 15:1). Los judíos que enseñaban eso no eran malintencionados, en rigor de verdad estaban queriendo salvar a los gentiles, y pensaban que esos rituales no habían quedado inutilizados con la muerte de Jesús. Eran celosos, pero estaban equivocados. Y su celo generó inseguridad entre los gentiles y polémica entre los líderes religiosos de la época. Algunos decían una cosa, otros decían algo diferente.

Polémica. Eso es algo que a Satanás le gusta. La polémica puede ser saludable o problemática. Cuando personas equilibradas y humildes entran en debate en algo en lo cual no hay pleno acuerdo en todos los puntos, eso generalmente es algo bueno. Pero cuando una cuestión se convierte en punto de controversia sin puntos de acuerdo por falta de humildad, surge una fisura en el cuerpo, y la iglesia se debilita. Ese es el caso, por ejemplo, de la música así llamada *góspel* (música evangélica contemporánea). Esta cuestión está dividiendo a la iglesia desde los estamentos dirigenciales y ministeriales hasta los miembros, y parece no haber acuerdo. Por el contrario, la distancia entre un grupo y el otro se va aumentado, y eso es algo que al enemigo le causa mucho placer. Es urgente que de una vez por todas se llegue a un entendimiento al respecto de esta cuestión.

¿Cómo se resolvió la polémica sobre el rito de la circuncisión en aquellos tiempos? La idea fue de Pablo. Estando entre los gentiles, se encontraron con algunos de los judíos que defendían la necesidad de la circuncisión. Hubo un acalorado debate sin que se llegara a un acuerdo. Hasta aquí, todo normal. Entonces Pablo sugirió que él y Bernabé y algunos más de los que estaban discutiendo el tema, fueran hasta Jerusalén y allí convocaran una asamblea (Concilio) con otros hermanos consagrados y debatieran el tema de manera grupal. Este es el principio de la sabiduría, en la multitud de consejeros hay más sabiduría que en las ideas de una o dos personas, especialmente si hay discrepancias. Esas asambleas debieran realizarse con oración, y cada uno que participe debe hacerlo con espíritu de humildad. Cada uno debiera estar dispuesto a cambiar su punto de vista, si fuera necesario.

Así ocurrió en Jerusalén. Hubo un intenso debate, hasta que Pedro tomó la palabra y argumentó que, siendo él uno de los enviados a los gentiles, había notado claramente que Dios estaba purificando a esas personas y no era necesario que ellas siguieran los ritua-

les en cuestión. Eso puso fin a la cuestión, aunque algunos judíos todavía continuaron afirmando la necesidad de aquellas obligaciones. No obstante, el asunto fue formalmente resuelto.

Así se resuelven las cuestiones complicadas. Si hay alguna desavenencia en la iglesia, se debe llevar el asunto ante la comisión o la asamblea, y el asunto debe estudiarse. Si se llega a un acuerdo, eso debe ser aprobado por toda la asamblea, pues las comisiones tienen sólo poder propositivo, no deliberativo. Dependiendo del tema, podría ser necesario llevar la cuestión ante alguna instancia superior, ante la Asociación, Unión, División, o incluso ante la Asociación General. Los asuntos polémicos en la iglesia deben ser tratados en sus instancias apropiadas, jamás se debe crear un grupo paralelo no legal, pues así se estará provocando disidencia y revolución. Eso no quiere decir que tales asuntos no puedan ser debatidos informalmente entre grupos de personas, pero tales grupos jamás pueden arrogarse derecho deliberativo, sino sólo de investigación y profundización del tema.

“Ninguna carga más”

Profundicemos un poco en la sabiduría de las decisiones del concilio. Fue diplomático. Ya había una división en la iglesia recién iniciada, sobre si seguir o no las reglas ceremoniales. El concilio bien podría haber resuelto así: “Las reglas fueron abolidas, ya no valen nada. Nadie está obligado a seguirlas”. Pero no actuaron de esa manera. Había muchos judíos sinceros que necesitaban tiempo para asimilar los cambios. Por eso, Dios iluminó a ese concilio para que ofreciera la orientación correcta pero que, al mismo tiempo, no fuera tan evidente la realidad de modo que hiciera perder la vida eterna a los judíos, quienes estaban impregnados de siglos de obediencia a los rituales del santuario, muchos de ellos con celo y minuciosa dedicación. Para ellos ese ritual era sagrado, como de hecho lo era, tan solemne que los distinguía de otros pueblos. Era comprensible que ahora, que todo había cambiado, los judíos no estuvieran de acuerdo de un momento para el otro.

Entonces el concilio no eliminó de manera concreta todos los rituales, pero tampoco no los ratificó. Sabiamente decidió que no se le impondría mayor carga a los gentiles, más allá que algunas cosas esenciales. Y entre esas cosas “esenciales” no estaba ni la circuncisión, ni la ofrenda de animales. ¿Y cuáles eran? Que se abstuvieran de los ídolos, de las relaciones sexuales ilícitas, de la carne de animales sofocados y de su sangre. Esas cosas serían el inicio de una vida de transformaciones, pues Dios no requiere de los cristianos un cambio total de un día para el otro. El requiere cambios graduales en la vida a lo largo del tiempo, en la medida en que las personas puedan soportar la lucha que los cambios provoquen y así ir creciendo en la fe y la obediencia. Dios no es un tirano que exige extremos de sus hijos, pero tampoco es un liberal que deja que cada uno haga lo que mejor le parezca.

El concilio dejó de lado de manera gentil los rituales, que en rigor de verdad ya no valían para nada, y dio pie para el inicio de cambios en la vida de los cristianos, para que crecieran en la vida espiritual.

Los Diez Mandamientos no fueron mencionados por el concilio. ¿Se puede entender con ello que tuvieron el mismo tratamiento que la ley ceremonial? Evidentemente no, no estaban dentro de la controversia. El sábado, por ejemplo, continuó siendo enseñado tanto

por los cristianos judaizantes como por los cristianos que ya se habían liberado de los rituales anteriores a Cristo. Sólo basta con leer esto en el libro de los Hechos.

La herejía de los gálatas

Como siempre ocurrió en todos los tiempos, es más fácil volver al mundo que seguir los caminos de Dios. Es más fácil predicar las herejías que predicar la verdad pura. Es más fácil conformarse con el mundo que salir de él. Hasta en nuestra iglesia hoy se habla, y mucho, que debemos acomodarnos a la cultura. Una cosa es respetar la cultura, otra muy diferente –y muy peligrosa– es asimilarla, lo que gran parte del pueblo de Dios está haciendo. Aún más, el respeto a la cultura del mundo está sirviendo de excusa para muchos que no desean abandonar la mundanalidad y para otros que desean introducirla en la iglesia. Para los siervos de Dios, respetar a las culturas no es conformarse con ellas, sino sacar a las personas del mundo y sus culturas sin confrontarlas culturalmente. Esa fue la oración de Jesús en Juan 17. Satanás siempre se esforzó para aculturar a los siervos de Dios. Así fue desde que ese pueblo era aún pequeño, y así sucede hasta hoy. Muchos miembros defienden ardorosamente que el respeto a las culturas es una cierta tolerancia a lo que ellas sugieren. Pero los verdaderos siervos de Dios, los que tiene por encima de todo el objetivo de la salvación de sus vidas, buscan liberarse de esas ataduras que no sólo aseguran mucha gente al mundo, sino que las atan a la muerte eterna.

Los gálatas estaban en una situación parecida, aunque el problema de ellos era la herejía, no tanto la mundanalidad. En cada época los artificios para desviar la mente son diferentes, adaptados a las circunstancias. En aquellos tiempos, como ya sabemos, el punto principal para desviar la atención de lo esencial fue la circuncisión. Había otras cuestiones en juego, pero esa era la más importante. Hoy el punto más crucial para apartar la mente de la salvación es la moda. Hay muchos otros, pero este se desliza libremente entre la iglesia y se ha convertido en algo tan sutil que muchos no pueden vivir sin reverenciarla, y se ha vuelto algo normal, imperceptible. Así, la humildad –una condición vital para entregarse a Dios– va desapareciendo subrepticiamente. Quien desee salvarse, si ese deseo es realmente lo más importante, entonces necesita leer la Biblia y el Espíritu de Profecía, para descubrir que esas pequeñas atracciones del mundo son apenas ridiculeces, mero artificialismo. Los medios de comunicación dicen que tenemos que vivir de tal o cual manera, y la gente no logra entender que los medios degradan y rebajan mucho de lo que Dios quiere. Pero cada uno debe saber lo que de veras es importante, si unos pocos años aquí, o la vida eterna allá.

Aplicación del estudio

Mientras los antiguos judíos eran muy celosos de la salvación, nosotros los adventistas del fin de los tiempos nos sentimos demasiado seguros de estar ya salvos. Eso dicho en términos de la mayoría. Ellos eran rigurosos de los rituales, sólo ellos sabían cuál era la verdad, y todo dependía de ellos. Nosotros creemos que la salvación nos está garantizada, de modo que nos volvimos tibios, y pensamos que de cualquier manera seremos salvados. Aún teniendo un pie en el mundo y otro en la iglesia, pensamos que nos salvamos. Muchos no sólo piensan así, sino que lo viven. Ya en su tiempo los judíos pensaron que debían seguir más reglas que las que el propio Dios había establecido, y de ahí que nadie las pudiera seguir plenamente.

La Lección presenta una reflexión acerca de cómo hoy podemos estar imponiendo cargas demasiado pesadas sobre la hermandad. Pero en rigor de verdad parece estar

aconteciendo lo contrario. Muchos de los hermanos más experimentados, de más tiempo en la iglesia, están sugiriendo a los hermanos más nuevos, los recién llegados, que la salvación puede alcanzarse con una actitud liberal. Los ejemplos de vida dentro de la iglesia llevan a las personas a suponer que la manera liberal en la que se vive es aceptable a Dios. El problema de los judíos era la exageración de los cuidados; el nuestro es el liberalismo y la condescendencia con el mundo. Ha sido profetizado que sería así. Eso es lo que se ve en general; el zarandeo vendrá por causa de la cizaña, que es la tibieza y el liberalismo, la condescendencia con la mundanalidad y con las culturas del mundo, no por causa del exceso de exigencias, que hoy son las excepciones, y no la regla.

Ni liberalismo, ni fanatismo, sino equilibrio. Y el equilibrio se desarrolla en la familia, para sí reflejarse en la iglesia y en la sociedad. Pero también el equilibrio se enseña en la iglesia y en las escuelas, para que las familias sepan qué desarrollar. Y el equilibrio proviene de Cristo, de la Biblia y el Espíritu de Profecía. ¿En qué consiste el equilibrio? En seguir los escritos sin extremismos, evitando la mundanalidad sin liberalismos.



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática